
Servidores del mandato de la vida*

*Horacio Arango A., S.J.***

RESUMEN

Ante la necesidad de crear la paz en Colombia, el padre Horacio Arango hace énfasis en la tarea que tienen los jesuitas de lograr un cambio cultural centrado en la solidaridad humana. La transformación del país depende, en gran medida, del comportamiento de cada uno de los colombianos y, por lo tanto, servir a su formación ética, basada en los valores de Jesús. Esto es un aporte invaluable en el proceso de cambio que todos necesitamos y añoramos. En este momento histórico del país, la tarea de los jesuitas es la formación de una conciencia ética de los colombianos; y en esta tarea los acompaña el Señor Jesús.

* * *

En septiembre de 1997, recién nombrado Provincial, les escribí una carta para que, ante la escalada de la guerra que vivimos en el país, estuviéramos *Unidos en la Esperanza*. Hoy, al recordar una vez más la senda que nos abrió Pedro Claver y con el deseo de impulsar la Provincia en dirección al Proyecto apostólico, quiero

* Circular del P. Horacio Arango, S.J., Provincial a los jesuitas de la Provincia Colombiana en la fiesta de San Pedro Claver, servidor de los pueblos negros y patrono de la defensa de los Derechos Humanos, Santafé de Bogotá, 9 de septiembre de 1998.

** Provincial de la Compañía de Jesús desde el 31 de julio de 1997. Vice-Gran Canciller de la Pontificia Universidad Javeriana.

señalarles un horizonte de servicio a la evangelización que dignifique nuestra convivencia y supere las violencias que siguen destruyendo la vida en esta nación.

Como recordarán, en el Proyecto Apostólico nos proponemos contribuir, a través de nuestras obras, a fortalecer el aliento ético de la convivencia. En esta comunicación a la Provincia no pretendo entrar en el debate sobre las posibilidades o dificultades que presentan los discursos sobre el tema. El interés principal es el de invitarlos a tomar conciencia de que algo muy grave nos está sucediendo como ciudadanos, pues nuestro horizonte valorativo no ha descubierto el primado de la vida y la dignidad humana.

En este contexto, la tradición educativa que tenemos los jesuitas se convierte en una inmensa responsabilidad que no podemos eludir.

I. UN DESTINO Y UNA MISIÓN COMÚN: HACER CRECER LA VIDA

El logro de la paz para Colombia requiere, además de la superación del conflicto armado interno, la transformación de las prácticas violentas y de los imaginarios perversos que alimentan y despiertan las venganzas, las retaliaciones, la intolerancia y la incapacidad para aceptar a los otros

Hemos asistido a una historia brutal de enfrentamientos y de barbarie que se convierte en un pesado fardo. Las masacres, los genocidios y una espantosa oleada de hechos contra la vida en los más de 250.000 delitos anuales, llenan de sombras la vida cotidiana de los colombianos.

Todo parece indicarnos que hemos perdido el sentido sagrado de la vida. Hemos olvidado que cada hombre o cada mujer, es un tesoro escondido en esta inmensa oscuridad.

Pero no solo la violencia ha hecho visible esta aguda crisis del sentido de lo humano. La riqueza conseguida a cualquier precio, el ejercicio público del poder en connivencia con el delito y la corrupción, la gestión pública amarrada a intereses particulares, son entre otras, muestras fehacientes de que como sociedad se nos ha extraviado el rumbo de lo humano.

Pienso que todos, y que cada uno con su parte y con su historia personal, somos responsables del mundo y del país que tenemos. El país es así, porque así lo hemos hecho o aceptado, delante de nosotros mismos y delante de Dios.

La transformación de esta situación dolorosa exige erradicar del corazón de los colombianos la lógica del interés individual y egoísta, el uso de la fuerza y de la agresión como medios fáciles para resolver los conflictos, el desprecio por lo diferente y el desinterés por lo que es común. Es urgente reeducar a los colombianos en aquellos valores y principios fundamentales que nos unen y que, en últimas, permiten la reconstrucción del tejido social y su dinamismo creador. Sobre ellos debemos levantar la convivencia, además de estar dispuestos a defenderlos y a convertirlos en patrones del comportamiento cotidiano.

Como colombianos nos unen muchas realidades. Ante todo, la vida; para nosotros don y valor fundamental que nos ha sido dado por Dios para hacerlo crecer en abundancia. Pero, además, de esta experiencia común de hombres y mujeres, llamados a vivir colectivamente el don y la aventura de la vida, compartimos la conciencia de sentimos habitados y construidos desde dentro por una fuerza incontenible a la que la humanidad denomina de muy distintas maneras. Sin duda, nos une también una capacidad radical para vivir el encuentro y la solidaridad.

Sin embargo, constatamos que no es fácil percibir esta unidad que nos cobija cuando proliferan los conflictos, la fragmentación de proyectos a veces opuestos y la heterogeneidad cultural y regional. Tampoco es fácil descubrir que nos une el horizonte sutil del individualismo triunfante y un conjunto de instintos cotidianos que nos llevan a comprender a los demás como virtuales enemigos. No obstante lo anterior, tenemos un don y un destino compartidos que nos recuerdan que el país es de todos, que nuestro futuro es común, y que la humanidad que compartimos no es solamente un concepto abstracto: es un dolor real y una esperanza viviente.

El desafío que nos lanza hoy el Dios de la vida es trabajar por un profundo cambio cultural en el que, todos, a pesar de nuestras diferencias, podamos referirnos y sujetarnos a unas pautas de comportamiento entre los ciudadanos que garanticen la vida y su crecimiento, tanto a nivel personal como colectivo.

II. NOS URGE UN CRITERIO VALORATIVO PARA LA CONVIVENCIA

Nuestra sociedad padece una crisis moral profunda que se evidencia en la destrucción de los valores indispensables para que una sociedad pueda sobrevivir.

La sociedad tiene que proteger, cultivar y conservar valores como el respeto a la vida, la libertad, la justicia, la seriedad de la palabra, la tolerancia, los derechos humanos, el trabajo honrado, el cuidado con lo que es común, la honestidad y la

protección a los débiles, entre otros, o de lo contrario, difícilmente podrá consolidarse como tal para ofrecer medios que hagan posible el disfrute amable de la vida, la paz y la seguridad de los ciudadanos.

En este sentido, la transformación del país no depende solo de los diálogos a alto nivel entre los actores de la guerra. Una mirada a la violencia cotidiana en el país nos dice que la paz también se teje en las gestas microsociales y en las pequeñas acciones personales o grupales.

Lo anterior implica la interiorización o apropiación de una ética personal y social, privada y pública. El país será transformado en la medida en que haya hombres y mujeres responsables capaces de ejercer su libertad teniendo en cuenta la repercusión social de sus actos. Nuestro aporte está en contribuir para que todo ser humano y toda institución social, sin el recurso a la cohesión, puedan ser defensores de la vida en sus diversas expresiones y capaces de encontrar en el diálogo y en la acción política los medios constructivos para enfrentar los conflictos personales y sociales.

En esta perspectiva, servir a formación ética de los colombianos se presenta como una tarea de inmensas proporciones. Algunos pueden considerar escépticamente este esfuerzo. Sin embargo, no se puede negar que para salir de la situación de violencia en que vivimos y para hacer posible una convivencia pacífica es necesario un amplio trabajo educativo, a múltiples niveles, que desde el campo de los valores y los principios éticos de la convivencia social, rompa las dinámicas perversas que nos cierran el futuro.

III. EL APORTE DEL EVANGELIO

Construir esta urdimbre de relaciones sociales a la luz de una ética social, se convierte en un reto para que cada proyecto personal o colectivo que gravita en la sociedad, ofrezca un aporte desde su lugar y desde su visión. A los cristianos, a la Iglesia, y por supuesto, a nosotros jesuitas, se nos plantea la inmensa tarea de compartir nuestra experiencia de fe para beneficio de todos, sin excluir a nadie y valorando el derecho que los demás tienen en esta búsqueda conjunta.

Jesús ha puesto la vida humana por encima de todas las consideraciones: el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado. Ninguna vida humana puede ser considerada un medio. A través de Jesús sabemos que Dios mismo se ha puesto a su servicio para crearla, protegerla y salvarla. Por ello, la vida y la dignidad

humanas, en su existencia particular o comunitaria, no son negociables. El respeto a toda vida humana y el reconocimiento de su dignidad deben colocarse como valores centrales en cualquier sociedad que pretenda conservarse en el tiempo.

Jesús nos invita también a aceptar las diferencias. Nos dice que el Padre hace brillar el sol sobre buenos y malos y hace caer la lluvia sobre justos y pecadores. Ni siquiera las diferencias morales entre los seres humanos justifican las discriminaciones o las exclusiones. Sugiere que trigo y cizaña pueden crecer juntos. Por ello, todo ser humano tiene su espacio y es una interpelación a nuestra libertad, incluso aquel que pretende hacer mal. Por ello, Pablo lo interpretó bien cuando nos invita a vencer el mal a fuerza de bien.

Jesús enseña el valor de la rectitud, la verdad y la honestidad de la vida como bases para hacer creíbles en el diálogo. Su solicitud por los pequeños, los enfermos, los débiles y los que tienen su vida amenazada, señala el valor que hace posible la convivencia solidaria. Su amor por el trabajo revela la responsabilidad de cada uno frente a la creación. Su invitación a vivir la regla de oro de «no hacer a otros lo que no queremos que nos hagan», se convierte en un principio clave para la convivencia. Su relación con las autoridades públicas es una exigencia para entender el poder sin arrogancia y como un servicio.

Muchas otras cosas podrían encontrarse en la propuesta de Jesús en relación a una ética social que contribuya a dar solidez a la convivencia humana en paz y solidaridad. La vida de Jesús será siempre una lección y un camino de plenitud y de humanidad para todos, independientemente de sus creencias. En esos valores profundos que nos fueron revelados por su vida y sus palabras, estamos llamados a descubrir los aportes para fecundar el comportamiento ético de los colombianos en su cotidianidad.

IV. EL APORTE IGNACIANO

Como jesuitas estamos llamados a vivir una ética personal y comunitaria nacida de los EE y del conjunto de nuestra espiritualidad: el Principio y Fundamento; la búsqueda de la mayor gloria de Dios y del discernimiento de Su voluntad; las consecuencias éticas y morales del seguimiento de Jesús que hemos meditado y vivido en la segunda y tercera semana de los EE., y la experiencia del amor en la cuarta semana, han impulsado la búsqueda del magis que, por todas partes, alienta la vida de los jesuitas. Este ha sido nuestro carisma en el corazón de la Iglesia.

Este legado es el que hemos de fortalecer en cada uno de nosotros, en nuestras comunidades y en las obras en las que trabajamos. Allí debemos dejar sin lugar a dudas el sello de una herencia profundamente evangélica e ignaciana. La Provincia Colombiana tiene un acumulado histórico importante. En todas sus obras y ministerios la gente sigue esperando de nosotros un aporte para encauzar la vida y para encontrar el sentido de lo humano en un tiempo en el que la vida parece no tener valor ni futuro.

Buscando respuestas para nuestro mundo secular y conducida por los más auténticos principios ignacianos, la Provincia Colombiana, desde finales de la década anterior, ha propiciado en el país la discusión sobre la ética ciudadana. Sin renunciar al magis en sus propuestas, ha intentado llegar al corazón de todos, creyentes o no creyentes, para invitarlos a recomponer el tejido social a través de una propuesta ética que nos cobije a todos.

A esta urgencia quiere responder el Proyecto Apostólico de la Provincia, cuando nos propone entre sus líneas de acción, *«educar para la formación de una ética civil, en el respeto por los derechos humanos y el derecho internacional humanitario, en la honestidad, la libertad, el respeto a la diferencia y la convivencia pacífica»*. (Proyecto Apostólico, Líneas Prioritarias de acción, n. 10).

En nuestras manos está, pues, el dar un aporte a este esfuerzo colectivo de educar para la convivencia. No dudo en considerar este esfuerzo como de mayor gloria de Dios, porque «la gloria de Dios es que el hombre viva» (San Ireneo).

V. UNA TRANSFORMACIÓN ÉTICA PARA ALENTAR LA ESPERANZA

En síntesis, la crisis moral y ética es muy profunda y la urgencia de trabajar en favor de la vida tiene el nombre de clamor.

Hacer ahora cuanto podamos para situar los problemas de nuestro país en una perspectiva ética, es un aporte esperanzador.

Nuestras Comunidades y Obras están llamadas a ser fermento de verdad, honestidad, rectitud y transparencia. En ese sentido deben ser comunidades y obras «contraste» ante la mentira, el engaño y la corrupción imperantes. Deben transpirar la vivencia de los valores evangélicos, Deben mostrar que el poder puede ser concebido como servicio animado por un trato respetuoso. Y sobre todo, están llamadas a señalar que el bien común es el punto focal de la convivencia.

Los destinatarios de nuestra misión apostólica, en cualquier lugar en donde nos encontremos, tienen el derecho a esperar de nosotros un mensaje humanista que los capacite para vivir en un mundo complejo y conflictivo sin recurrir al recurso de la violencia, y que les abra a la responsabilidad ante los asuntos del bien general. Tienen también el derecho a encontrar un mensaje de esperanza que les devuelva los sueños y les permita imaginar un mundo y un país sin violencia y sin la escandalosa pobreza que afecta a la gran mayoría.

CONCLUSIÓN

Pedro Claver quiso dar respuesta adecuada a los retos apremiantes de su época. En su memoria, el país celebra hoy el Día Nacional de los Derechos Humanos. También el país celebra durante estos días la Semana por la Paz. En ella, miles de hombres y mujeres se proponen afirmar el derecho a la integridad personal y proclamar la necesidad de una vida con dignidad para todos.

Afirmar la vida y derrotar la muerte, es pues una tarea que exige lo mejor de nosotros mismos como educadores y apóstoles. A partir de nuestros variados trabajos de servicio, podemos contribuir a la formación de la conciencia ética de los colombianos. Queremos hacerlo como cuerpo apostólico al servicio del país. En esta tarea no estamos solos. Nos acompañan muchos hombres y mujeres que tienen propósitos semejantes. Sobre todo, nos acompaña el Señor. Él pidió que la luz fuese puesta en lo alto para iluminar y nos envió a llevar la buena noticia de la solidaridad, la justicia, la reconciliación, la paz y el amor que Él mismo nos trajo. Ese fue su imperioso mandato por la vida y no debemos descansar hasta lograr que ella sea valorada y protegida por todos.

Que Dios Padre nos bendiga para que, al encontrarnos de nuevo, tengamos mejores razones para alentar juntos la esperanza.